

Villalobos, Enríquez y Güido se impusieron del contenido del pliego que cada uno había recibido.

—Dispondrá vd. que por la orden del día se haga saber lo dispuesto,—continuó el Capitán—y ordenará vd. también al Comandante de la Guardia Nacional de aquí, que acuartele hoy mismo á su gente y dé parte detallado de la fuerza que haya disponible para entrar en campaña.

—Por mi parte,—dijo gozoso el Comandante Enríquez—voy á entregar mis “Reemplazos” al Capitán Zamora, y en seguida me marchó; y por si no nos viéremos ya, adiós.

En efecto: una hora después pasaba el río en una canoa: mientras que su cabalgadura, una magnífica yegua baya lavada, que tenía el belicoso nombre de “Metralla,” hendía arrogante y sin fatiga las aguas del anchuroso río, para salir al pie del “Alto Simón.” Todo lo demás se efectuó según estaba ordenado por el Coronel Lazcano, y el día se pasó tranquilo hasta donde era posible estarlo entre gentes á quienes, en su mayor parte, se podían reputar como enemigos.

XV

En algún párrafo de esta relación he hecho mérito de algunas personas principales, hijas de Alvarado, que eran enteramente adictas á la causa nacional, y entre ellas he nombrado á D. José Ruiz Parra. En efecto, este caballero, ya como simple ciudadano, ya como empleado federal que era, no escaseó nunca sus servicios durante el tiempo que permanecimos en Alvarado: su casa era el punto de reunión de los jefes y oficiales á quienes había distinguido con su amistad; y en las noches, particularmente, la escogida sociedad de señoritas y caballeros que allí se reunía, pasaba alegres ratos, ya en grata y amena conversación, ya jugando *lotería de cartones*, ya haciendo rifas de objetos que algunas veces servían para obsequiar á alguna de las que formaban la tertulia, y

otras para utilidad del agraciado. Estas reuniones habían languidecido algo debido á las circunstancias por que atravesábamos, pero no habían terminado.

En la noche del día que tuvo lugar la inhumación del cadáver del Comandante Carrau, aunque la tertulia estaba poco animada, se dispusieron á jugar loterías, notándose la ausencia de Villalobos, á quien el Capitán X..... había confiado una comisión.

Cerca de las nueve llegó á la puerta de la casa el referido Comandante, y después de saludar en lo general rogó al Capitán que lo escuchara un momento: éste pidió sus excusas y á su vez salió.

—Ahí está un hombre que me remitieron de la guardia del “Camposanto,”—le dijo luego que estuvieron algo alejados—asegura que viene de Medellín, pero no ha querido decir quién lo envía, pues se empeña en que quiere hablar con vd., y lo he hecho conducir á la Comandancia militar.

—Vamos, pues,—contestó lacónicamente el Capitán.

Cuando llegaron á la Comandancia se encontraron con un desconocido perfectamente vigilado por dos centinelas. Estos se retiraron por orden del Capitán, y cuando quedaron solos:

—Pancho,—dijo al recién llegado—¿cuándo saliste de Medellín? ¿Cómo quedó mi familia?

El interpelado era, efectivamente, un sirviente del “Hotel de San Pablo,” de Medellín, y hombre honrado y leal á toda prueba.

—Señor, salí anoche por orden del Sr. D. Pablo, para avisar á vd. que la expedición de los franceses debe haber salido en la madrugada de hoy: yo he caminado de prisa, porque sospecho que á esta hora deberán estar ya en “la Piedra.” Según he sabido las guerrillas de Domínguez y del Capitán Cuesta fueron derrotadas en el “Monte del Castillo.” Por casa todos están bien.

—¿Y se sabe algo de la expedición por mar?

—Se asegura en Veracruz que saldrá mañana, pero dudo que así sea, pues como vd. ve está amenazando norte.

—Bien, quédate aquí, pues no es prudente que vayas á dormir á mi alojamiento. Señor compañero,—agregó dirigiéndose á Villalobos—recomiendo á vd. á este muchacho para que se le gratifique y duerma aquí. Cuando hayas descansado,—continuó volviéndose al emisario—puedes marcharte: no conviene que nos vean juntos, y cuida de decir á nadie que has venido á buscarme. A la familia, que estoy bien. Adiós.

Estrechó fuertemente la mano de Pancho, é indicó al Comandante que le siguiera. Ya en la calle, el Capitán, verdaderamente conmovido, dijo á su compañero:

—Esto es terminado, Comandante: volvamos á la casa de nuestro buen amigo Ruiz. Cuando concluya la diversión, dé vd. órdenes personalmente á Zamora para que se disponga la marcha de "Reemplazos" á la hora que se le indique: que guarde sigilo, y que la tropa quede rigurosamente acuartelada. En cuanto al batallón de Guardia Nacional, dará vd. á su Comandante igual orden á las seis de la mañana por escrito.....

—¿No cree vd! que sea demasiado tarde, y que no tengan tiempo *los muchachos* para prepararse?—interrumpió Villalobos.

—No: si lo hiciéramos ahora, dentro de cinco minutos lo sabría la población entera, y quizás tendríamos que pasar un mal rato, ó que hacérselo pasar á ellos. Además.....—prosiguió con acento de convicción—tengo la creencia de que se han de negar.

Llegaron á la casa del Sr. Ruiz.

Allí eran esperados con ansia, según podía deducirse del movimiento de curiosidad que se produjo en toda la reunión; y aun podía decirse que todos interrogaban con la vista.

Ni uno ni otro dijeron una palabra, no hubo quien la pronunciara respecto al asunto del día: la tertulia continuó hasta las diez de la noche, que era la hora habitual en que ter-

minaba. La despedida fué silenciosa y triste, por decirlo así; como si todos presintieran que aquella era la *última reunión*.

El Capitán se dirigió á su alojamiento seguido de los oficiales que con él vivían y del Mayor de Ordenes que, alojado en el hotel de Vives, tenía costumbre de acompañarlo siempre hasta su casa.

—Señores—dijo á sus compañeros ya dentro, después de haber cerrado la puerta—vamos á alistar nuestros equipajes, pues salimos mañana entre diez y once rumbo al "Mesón:" tales son las instrucciones que tengo del Coronel. El enemigo debe haber salido en la madrugada de hoy de Medellín con una columna que no podríamos resistir, pues trae 600 hombres y cuatro obuses. La "Tempette," la "Foudre" y el "Tonnerre" llegarán también; pero como es seguro que el norte habrá arreciado de aquí á mañana, no es posible que pasen *la barra*, y por lo mismo tenemos tiempo de abandonar la población. Capitán Muñoz,—añadió dirigiéndose á uno de los oficiales—encárguese vd. de embarcar nuestras dos piezas de artillería, así como el parque y armamento sobrante, poniéndose de acuerdo con el Comandante Villalobos; y tú, querido Joaquín,—prosiguió dirigiéndose al Mayor de Ordenes—habla también con él para comunicar la última orden del día, con arreglo á las instrucciones que ya ha recibido. Es probable que se nos nieguen canoas suficientes para pasar el río; pero, nada de consideraciones: por bien ó por fuerza, preciso es que pasemos al otro lado antes de las once, ya que en lo general se nos trata como enemigos. Dicta tus órdenes respecto á la guarnición del "Fortín," de modo que esté aquí con toda oportunidad para emprender la marcha. Ahora, hasta mañana.

Todos se retiraron.

El Capitán quedó sólo con dos ó tres oficiales de los que vivían con él: llamó á su asistente y le ordenó que ensillara su caballo, lo mismo que el suyo propio. El Capitán Ehlers y el Teniente Toro ensillaron personalmente sus cabalgadu-

ras á invitación del Capitán, y juntos salieron á la playa, allí les comunicó que las noticias que tenía eran remitidas por persona de entera confianza, ocultándoles que se las había comunicado por un enviado, quien, efectivamente, al despedirse de él en la Comandancia, y sin que lo notara el mismo Villalobos, había dejado entre sus manos un *cañón de pluma*, dentro del cual había una tira de papel escrita.

—Ahora mismo se ponen vdes. en marcha para “Barra Vieja;” tienen el santo y seña para que la guardia del puesto de salida les permita el paso, y espero que á las siete de mañana estarán de regreso para traernos noticias exactas del punto en que haya pernoctado el enemigo.

Los dos oficiales siguieron á lo largo de la playa para volver á salir de la población por calles apartadas, y el Capitán X..... se dirigió á “Santa Teresa,” de donde regresó dos horas después.

Luego que abandonó el fortín, la tropa toda desmontó las cuatro carronadas que defendían el punto, y envueltas en petates fueron enterradas con sus proyectiles, bajo la dirección de dos artilleros alvaradeños, los hermanos Francisco y Victoriano Mora, que fueron fieles hasta la conclusión de la campaña. Sólo ellos conocían el lugar donde las ocultaron.

El parque, perfectamente abrigado, fué conducido al interior de la población.

Cuando se dió el toque de diana, la compañía de artilleros, sin faltar uno, estaba formada en los corredores del Palacio Municipal.

XV

Amaneció el 19.

El viento norte soplaba flojo, pero con tendencias á arrear, y la tersa superficie del anchuroso río comenzaba á hincharse poco á poco, al paso de las rachas, no fuertes aún, que la azotaban.

Triste y nebulosa se presentaba la mañana, y los pálidos y

amarillentos reflejos del sol anunciaban que su visita sería muy pasajera.

Ya á orillas del río, y sobre el muelle, se veían algunos fardos de forma irregular que contenían fusiles y cajas con parque, y desmontadas las dos pequeñas piezas de artillería. Las monturas y los caballos de los dragones que componían la escolta del Coronel en Jefe, esperaban también, algo más distantes, la hora del embarque; y frente al hotel, un grupo de ochenta y siete infantes con sus oficiales á la cabeza y la mochila á la espalda, descansaban sobre las armas en espera de la orden de pasar á la ribera opuesta.

Algunos pocos curiosos formaban corrillos aquí y allá, y otros, para ver mejor el embarque, habían asaltado la cubierta del pailebot “El Huracán,” que se disponía á abandonar el puerto, temeroso su dueño, D. Emeterio Ruiz, de que los franceses, al llegar, lo declararan buena presa, ó cuando menos, lo ocupara para algún servicio extraordinario.

Las calles estaban desiertas, y cerradas la mayor parte de las casas y muchos establecimientos mercantiles.

En el balcón de la Comandancia Militar, frente al río, estaban el Mayor de Ordenes, el Secretario de campaña del Coronel en Jefe, el mismo Villalobos y el Comandante Zamudio, que acababa de regresar de su expedición mercantil á Yucatán, y que debía marchar con nosotros formando parte de la sección de operaciones por orden superior. También estaba allí el Doctor Jhon Seamen, facultativo del Cuerpo Médico militar del ejército del Norte de los Estados Unidos, prisionero en una de las batallas en que la fortuna sonrió á los separatistas al mando del General Lee, y que, habiéndose podido evadir de su prisión, pasó á Alvarado por Minatitlán, ofreciendo desde luego los servicios de su profesión, lo cual no estaba resuelto aún.

En la Plaza de Armas, los fusiles en pabellones, estaba la Guardia Nacional; pero los murmullos que se oían en las filas,

el gesto torvo y ceñudo de sus jefes y oficiales, auguraban mal para la expedición.

Ni un bulto de equipo, ni una mochila, ni nada que indicara la proximidad de una marcha: más parecía que estaba allí para presenciar el abandono de la población, que para ir á defender el territorio nacional.

Todo estaba listo, todo dispuesto; pero en toda la extensión que la mirada podía abarcar, no se distinguía una sola canoa, pequeña ó grande, para hacer el trasbordo, y el tiempo pasaba velozmente, á proporción que el norte aumentaba el volumen de las aguas del río.

Poco menos de las siete serían cuando llegaron, cual si regresaran de un paseo matutino, Ehlers y Toro, acompañados del Capitán D. Felipe Cano y del Teniente D. Juan Sánchez, dado de alta tres días antes.¹ Llegaron á la Comandancia, y echando pie á tierra se dirigieron al grupo de jefes.

—¿Y bien?—interrogó Villalobos.

—Están en "Mondinga" desde anoche, y probablemente proseguirán hoy para acá, á pesar de que, según noticias que nos ha dado *tío Mojica*, que ha venido con nosotros, parece que esperan algo para avanzar.

El *tío Mojica* era un anciano alvaradeño que prestó al principio buenos servicios, pero que se había enfriado algo su patriotismo con motivo del malhadado negocio del ganado, en el cual había sido la principal víctima un su compadre llamado *tío Chávez*.

—No hay remedio entonces—contestó el Capitán—apresu-

¹ D. Juan Sánchez, de Alvarado, y D. Miguel Cházaro, de Tlacotalpam, se encontraban educándose en París cuando llegó allí la noticia de la derrota del 5 de Mayo de 1862, y ambos jóvenes al ver los preparativos que la Francia hacía contra México, su patria, abandonaron sus estudios y regresaron para alistarse como soldado el primero. El segundo se retiró á la vida de familia en Tlacotalpam, dedicándose al comercio, luego á la agricultura y más tarde al magisterio, fundando el Colegio Preparatorio de Tlacotalpam. Sánchez, ya Capitán, y funcionando como Comandante del resguardo en Alvarado, fué asesinado durante la revolución de Tuxtepec.

remos la marcha, señores: ya no hay vergüenza en que nos retiremos, porque esto es lo que aconseja la prudencia: nos retiramos, no huimos. Compañero Villalobos, mande vd. arriar la bandera y llévela vd. consigo; no se dirá que al abandonar el territorio abandonamos el pabellón nacional. Vámonos.

Las palabras salían entrecortadas y vibrantes de los labios del Capitán.

Todos salieron de la Comandancia sin hablar una palabra, encomendando al americano que recogiera las llaves de la casa para devolverlas á su dueño.

—Capitán Cano,—prosiguió X..... ya en la calle—vd. que es de la tierra, á todo trance proporcione las Canoas necesarias; y vd., Teniente Sánchez, ordene al Comandante de la Guardia Nacional que avance con su fuerza para abrir la marcha.

Los dos partieron para cumplir su comisión. El primero que regresó fué Sánchez, trayendo la noticia triste, pero no inesperada, de que *el batallón ni marchaba ni entregaba las armas, que se reservaban para cazar en el monte [textuales], toda vez que por causa nuestra iban á quedar sin tener en qué ganar nada.*

Esta noticia causó profunda sensación de disgusto en todos los que la oyeron, y los fieles alvaradeños que allí estaban enrojecieron de vergüenza. Nadie contestó una palabra, y sólo el Capitán murmuró con sordo acento:

—¡Está bien! Ya lo esperaba, y sólo siento que no tengamos fuerzas suficientes para obligarlos á entregar el parque y armamento que nos van á hacer mucha falta.

Una hora después regresó el Capitán Cano anunciando la llegada de dos hermosas piraguas y una canoa viajera, habilitadas de todo, y que á fuerza de amenazas y de ruegos, y previo el pago efectivo de un alquiler tan exorbitante que más parecía un robo, había podido conseguir, tomando de éste un remo, de aquél un timón, y así lo demás. Lo que no se pudo haber fué quienes las sirvieran, pero entre la tropa y los al-

varadeños que nos acompañaban se formó la dotación para conducir cada una de las embarcaciones.

—Son las ocho,—prosiguió diciendo cuando hubo acabado de explicar cómo y á qué precio había podido conseguirlas —y es cuestión de tres horas, porque ya está algo *bravo* el río: primero que pase la caballería, el parque, el depósito y las dos jeringuitas (así llamaban á nuestros dos pequeños cañones), antes que *suba* más el viento: luego la infantería y la artillería, y á lo último nosotros. Las cañoneras francesas no pueden llegar hoy porque ya á esta hora está *cruzada la barra*: así es que nos sobra tiempo antes que el norte nos impida pasar, ¿le parece á vd? Después veremos lo que se hace con las piraguas y con la canoa.¹

El Comandante Zamudio, á quien iba dirigida la última pregunta, en su calidad de marino, aprobó en todas sus partes la opinión de Cano, que era marino también.

XVI

Todo se hizo como lo había propuesto el Capitán Cano, y felizmente; á pesar de que el norte iba arreciando no hubo accidente que lamentar, no obstante que haciéndose los viajes cortando la corriente de través, había peligro de zozobrar.

En los momentos del embarque se presentó un pequeño grupo de alvaradeños á ofrecer espontáneamente sus servicios, que desde luego fueron admitidos por el Comandante Villalobos.

Este y Güido pasaron el río á su vez, lo mismo que Zamudio, quien debía proseguir su marcha hasta San Andrés Tuxtla para conferenciar con el Coronel Lazcano.

¹ Abandonadas las tres embarcaciones en la ribera opuesta, por no haber quien las regresara, la fuerza del viento y el empuje de las corrientes las azotaron furiosamente contra la playa, donde permanecieron medio varadas hasta que el curso de las aguas las hicieron llegar á la *barra*, saliendo luego al mar, donde probablemente se perderían ó irían á pique.

—¿Y tú?—preguntó Güido á X..... al tiempo de embarcarse.

—Yo,—contestó X.....—marcho á Tlacotalpam para rendir el parte detallado de lo acontecido y esperar allí órdenes. No es difícil que pronto nos volvamos á ver. ¡Adiós!

Y tomando la escala del “Huracán,” que sólo á él esperaba para remontar el río hacia Tlacotalpam, se instaló á bordo, desde donde presencié el desembarque y marcha de sus amigos y compañeros.

La población quedó, pues, abandonada; y á excepción de los buenos amigos que en otra parte he nombrado, y que llegaron para despedirse de nosotros, nadie se acercó por allí, avergonzados tal vez de su mal comportamiento.

Muchos hubo que se alegraron, que vieron como un bien nuestra marcha; pero muchos también que se arrepintieron de su mal proceder.

XVII

Tales fueron las fatales consecuencias que nos trajo la infamia con que se procedió en el negocio del ganado, que á nadie fué provechoso, preparado con tanto estudio para hacer de Alvarado un centro general de operaciones, y que sólo hubiéramos abandonado por la fuerza de las armas, pero sin el auxilio de los que después hicieron causa común con el extranjero invasor.

La justicia y la verdad me obligan á manifestar, y lo hago con gusto, que además del Comandante Zamudio, Capitán Cano y Teniente Sánchez, y los artilleros Victoriano y Francisco Zamudio, nos acompañaron y prestaron buenos servicios durante la campaña, Santiago Tiburcio, Sotero Rojas, y José y Amado Cuello, agregándose después en “Punta de Arena,” Miguel Mendoza, hijo del anciano y patriota alvaradeño D. José María del mismo apellido, radicado en este último punto, y á quien todos llamábamos, por cariño, y siguiendo la costumbre general del país, “El Tío Abuelo.”